

Dirección, Redacción y Administración, Plaza de los Mostenses, 24, principal.

La correspondencia deberá dirigirse al ciudadano Director de EL COMBATE.

Precio de un número suelto de EL COMBATE, 2 cuartos en toda la Península.

# EL COMBATE

¡VIVA LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA FEDERAL!

DIRECTOR: José Paul Angulo.—REDACTORES: Ramon Cala, José Guisasaola, Francisco Córdova Lopez, Francisco Rispa Perpiñá y Federico Carlos Beltran. ADMINISTRADOR: I. Sastre.

Se suscribe remitiendo el importe adelantado en sellos de correos ó letras, en Madrid y Provincias: un mes, 6 rs.—Tres meses, 18.—Seis meses, 34.—Un año, 66.—Ultramar: trimestre, 42 rs.—Extranjero: trimestre, 60 rs.

Toda suscripción hecha por comisionado costará 2 reales más.

## VIERNES 4 DE NOVIEMBRE.

Los que con intención reconocida y escudados en el pretexto de la proposición revolucionaria del ciudadano Paul, suponían una división funesta en las filas del federalismo, han quedado brillantemente desmentidos por los ciudadanos Figueras y Castelar, que en la célebre sesión de ayer tarde levantaron con entusiasmo y arrojo la bandera insurreccional de nuestro partido.

El partido republicano federal está, pues, de enhorabuena, y puede felicitar-se de la unidad de miras, aspiraciones y conducta, trazada por los diputados republicanos Figueras y Castelar, individuos del Directorio.

A nadie podrá ya caber duda, desde la sesión de ayer tarde que, ante las graves y complicadas circunstancias suscitadas por el general Prim al proponer a las Cortes, usurpando sus atribuciones, la candidatura del duque de Aosta, el Directorio es la más fiel expresión de los deseos y aspiraciones del gran partido republicano federal.

Y al consignarlo así con satisfacción, EL COMBATE limita hoy todo su ardor revolucionario repitiendo con sus distinguidos correligionarios Figueras y Castelar:

### GUERRA A MUERTE AL REY.

Si ESPAÑA NO SE CONMUERTE, si España no forcejea antes de consentir esta ignominia (el rey), lloremos por España; vistamos luto como hijos, sin madre, porque habrán muerto las virtudes más características de nuestra raza y se habrá extinguido en el mundo el espíritu de nuestra patria.

## CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Si alguna duda caber pudiera todavía acerca de la posibilidad de establecer la monarquía en España, sería bastante y sobrado para desvanecerla el aspecto de la magna sesión celebrada en el día de ayer por la asamblea constituyente. En esta se fingieron realizables las esperanzas de esa pertinaz mayoría que suspira hace dos años por un rey imposible, pero juntamente se presentó también a las claras el profundo desconcierto que reina en las esferas del poder que usurpa la soberanía del pueblo.

Al fin el gobierno presentó como candidato recomendable para el trono de España al inclito Amadeo, duque de Aosta, de estirpe régia, mayor de edad, y católico, por añadidura.

Don Juan Prim se hizo lengua del ministerio, acaso con el designio de proporcionar una presentación bufa, con detalles tan soberanamente ridículos que estimulan nuestra hilaridad, con todo de que nos encienden el rostro de indignación y vergüenza tantas menguadas diligencias como se han venido haciendo para poner a los pies de un advenedizo cualquiera el porvenir y la honra de nuestra patria.

El presidente del Consejo de ministros procuró levantar muy alto las excelentes prendas del rey de sus ilusiones, y dijo, entre otras cosas, que era un soldado valeroso, como si España fuera un cuartel y siervos de la ordenanza los ciudadanos; que

era además muy buen patriota, amante de la libertad, como si el ser buen patriota en Italia fuera una recomendación para los españoles, y, por último, que era una *puerta* que se había abierto al fin a los llamamientos de su deseo vagabundo.

Notoria es la torpeza de D. Juan Prim en lances parlamentarios; torpeza comparable tan solo a la que ha demostrado como hombre de gobierno; pero esta vez se escudó a sí mismo; tan desconcertado, balbuciente, inconexo y extravagante fué su original discurso.

Concluyó D. Juan Prim: calló la mayoría; las tribunas permanecieron impasibles, como si la Cámara y los espectadores hubieran escuchado una oración fúnebre, que no otra cosa parecía la designación del monarca.

Terminada la incolora presentación de la candidatura, se levantó nuestro querido correligionario Castelar a defender la proposición que había presentado para que la Cámara manifestase su disgusto en vista de las diligencias que había hecho el presidente del Consejo de ministros en busca de candidato para el trono de España.

Sublime, magnífico estuvo nuestro correligionario, como lo está siempre, y aun con algún exceso, sobre sus ordinarios discursos, y contribuyó, por su parte, poderosamente a que el debate se elevara a la altura majestuosa de las circunstancias. Pero una estratagemia del gobierno quitando a la presentación de monarca su natural carácter de proposición formal, hizo que el debate se redujera a mequinos y estrechos límites y que no pudieran tomar parte en él varios oradores, con lo que faltó la diversidad de matices que debían componer el cuadro de la sesión, muy llamado a entonación ruda y contundente. La incomparable oratoria de nuestro querido amigo, sublime, tierna, majestuosa, no se presta al golpe despiadado de los momentos decisivos, y aunque vaticinó al rey en perspectiva el sangriento fin que tuvo en Méjico Maximiliano, eran más bien sus palabras hijas de la compasión que del tenebroso presentimiento que augura catástrofes dolorosas y terribles advertencias.

Rectificó D. Juan Prim para confesar su incapacidad como hombre de gobierno, y para dar al país el disgusto de anunciarle que sería también con el nuevo rey presidente del Consejo de ministros. Por lo visto y por lo dicho, asiste al presupuesto por juramento de propia heredad.

El planifero ministro de Ultramar se encargó de responder formalmente a nuestro correligionario, y no recordamos de su peroración monótona más que la ofensiva suposición de que algunos republicanos se habrían de hacer con el tiempo cortesanos del futuro rey, suposición que fué rechazada en el momento por nuestro correligionario Figueras, como semercedia, asegurando, no solamente que ningún republicano transigiría jamás con ese monarca, usurpador de los derechos del pueblo, sino que, además, el partido en masa se consideraría *faccioso* para con ese rey extranjero, y se colocaría fuera de la legalidad, como lo hizo el partido progresista en los últimos tiempos del reinado de doña Isabel II.

Rectificó Castelar pulverizando al presidente del Consejo de ministros, y este se atrevió todavía a pronunciar algunas frases inconexas en que habló de las matemáticas y de que sabía mandar soldados para traernos a Amadeo por rey que lo sería, en este caso improbable, por la valentía y es-

trategia de campamento que en su modestia se atribuye el general Prim.

Parecía que con esto debía finalizar la comedia de la candidatura, dejándose para otro acto el idear las formas parlamentarias de la presentación; pero el presidente de las Cortes quiso acelerar el desenlace, y para ello saltó por encima de todas las formalidades y conveniencias, y anunció en la orden del día de la sesión siguiente la elección de soberano, dando doce días de espacio a los padres de la patria para calentar sus votos en el hornillo del presupuesto.

Infútilmente se opusieron a este señalamiento anti-parlamentario los Sres. Ríos Rosas, Topete y otros diputados que figuran en grupos diferentes de la Cámara, porque la medida presidencial se sostuvo, pasándola por un amén de la mayoría, mal propuesto y peor interpretado.

Y tendremos que se votará monarca por un parlamento que de propia autoridad se ha declarado soberano, y que se votará contra la opinión del país; y como si esto no fuera bastante para engendrar amenazas borrascas, se verificará la elección ilegalmente, contra reglamento, por sorpresa, y ahogando la discusión parlamentaria.

¿Será una farsa la candidatura?

Esto, más bien que un acto serio, nos pareció la sesión celebrada ayer por la asamblea constituyente.

Grandes son los males que gravitan sobre la patria, puesta en peligro constante por los hombres del gobierno de la revolución de setiembre. Agobiado el pueblo español bajo la tiranía de la situación de Gonzalez Brabo; sumido en las lóbregas de la miseria, hambriento y desnudo; encerrados en las mazmorras sus mejores hijos ó expatriados en extranjera tierra, hizo la revolución de setiembre. Esta torció su camino. Todas las esperanzas del pueblo fueron defraudadas: hoy la miseria ha llegado a su colmo. Muchísimos millones de familias viven en la más desesperada agonía; sin recursos, sin trabajo, sin medio alguno de procurarse lo necesario para satisfacer sus más perentorias necesidades, no pueden subsistir por más tiempo. El propietario les amenaza con arrojarles, si no pagan, de la madriguera en que viven; tienen hambre y no pueden comer; están desnudos y no tienen ropas con que cubrir sus carnes. ¿Qué hacer en situación tan crítica?

Los gobernantes no han pensado siquiera, en dos años de desarrollo revolucionario, en la solución de la crisis social. La situación que se ha creado por el gobierno es un obstáculo permanente al desenvolvimiento de la revolución en sus fases política, económica y social. Y en vez de remediar el mal por ellos causado, ¿qué hacen? Presentar a las Cortes constituyentes un candidato para el trono de España. ¡Insensatos!

Nos pregunta *El Diario Español* si pudo ser casual que solo cuatro votos se unieran al de nuestro director en la votación de la proposición presentada por este. Vamos a contestar al colega unionista con entera franqueza.

Casi todos los individuos que componen la minoría republicana, todos quizás, conceptúan que las Cortes constituyentes son perfectamente ilegales; todos creen también que el triunfo de nuestras ideas solo por la fuerza puede obtenerse. Si no fuese así respecto de uno y otro extremo, ¿cómo habrían de haber ordenado muchos de ellos

la insurrección federal, y cómo habrían de seguir *todos* llamándose representantes del pueblo republicano y defendiendo su conducta?

Esto sentado, solo nos resta hacer ligeras observaciones a *El Diario Español*, y quizás consigamos esclarecer todas sus dudas. ¿No es cierto que las palabras terminantes pronunciadas por el diputado Figueras en la sesión de ayer, en nombre de la minoría, declarando que el partido republicano se conceptuaba fuera de la ley y obraría como faccioso ante un rey extranjero, constituyen una declaración análoga a las opiniones del diputado Paul? ¿No es cierto también que las palabras pronunciadas por el ciudadano Castelar, en el mismo recinto, revelan las mismas aspiraciones y la misma resolución?

Y por último, ¿no es cierto que al recordar nuestro eminente orador el carácter de los poderes otorgados a los miembros de las Cortes constituyentes, y al afirmar que ni uno tan solo hubiese sido elegido si se hubiesen presentado resueltos a votar un rey extranjero, no es cierto, decimos, que esto se reduce a negar condicionalmente lo que el ciudadano Paul negaba de una manera incondicional?

Pues ya ve *El Diario Español* cómo toda la diferencia entre lo dicho por los diputados Paul, Castelar y Figueras se reduce a una cuestión de forma; porque hasta lo de condicional é incondicional aplicado a la legalidad de las Cortes también es cuestión de pura forma ó de conveniencia, estando semejante idea sentida igualmente por unos y otros; dígalo sino la insurrección republicana federal y los nombres de los jefes, que si en ella no tomaron parte la ordenaron una y otra vez.

Por lo demás, nada tiene de particular que los eminentes oradores y jefes natos de la minoría y del partido, se abstuviesen de votar la proposición presentada por nuestro director, reservándose obrar ellos cual corresponde al puesto que ocupan.

*El príncipe consorte de la Cisterna* es y será combatido en todo terreno por el partido republicano, que representa a las clases populares; es rechazado por los esparteristas, que constituyen el partido progresista histórico y que, a la par que los montpensieristas ó sea unionistas, representan las clases medias; por los alfonsinos, isabelinos y carlistas, que representan las diversas fracciones de las clases conservadoras. ¿Qué misión trae? ¿A quién representa? ¿Quién le sostiene?

Tráe la misión de servir a Prim de pretesto para seguir *des-gobernándonos* más tiempo, acelerando la ruina total de nuestra Hacienda. Representa al partido progresista nuevo, ó sea al partido de los puntos negros, que ha venido a cubrir de vergüenza y baldon las antiguas tradiciones de honradez de aquel progresismo de los Argüelles, los Mendizabal y los Lopez. Le sostienen Prim, y Prim, y Prim, y.... Prim, pues no contamos entre sus partidarios a esa multitud de empleados que, haciendo del Congreso una tienda y de sus votos una mercancía, están dispuestos como ovejas a balar por orden del pastor.

Esta es la verdad. Si el *Macarrónico* viene (que no vendrá, y si lo intenta, por lo menos le echaremos) deberá firmar: Amadeo I, por la gracia de Juan Plumero, rey de.... otoño.

¡Pueblo del 2 de mayo! ¿Valdrá más don

Juan Prim que diez y seis millones de españoles?

Defienden la candidatura del titiritero los siguientes periódicos de la capital:

*La Iberia, El Imparcial y La Nación.*  
La combaten: *El Gil Blas, La Igualdad, La Discusion, La República Federal, El Pueblo, La Esperanza, La Regeneracion, El Pensamiento Español, La Política, El Eco del Progreso, La Independencia Española, El Tiempo, El Eco de España, El Voluntario de Cuba, La Integridad Nacional, La Opinión Nacional, Las Novedades, El Puente de Alcolea, El País, La Epoca, El Cascabel, El Anti-interinista, La Propaganda, La Correspondencia de España, La Revolucion, La República Ibérica, El Volante de la Campaña y El Combate.*

¿Qué idea tendrá formada del pueblo español el general Prim, cuando le anuncia desde el banco azul que seguirá siendo presidente del Consejo de ministros con el rey Aosta?

¿Y qué concepto tendrá formado de su rey *in partibus infidelium*, cuando le impone su personalidad á guisa de los antiguos mayordomos de los reyes francos?

El rey fanfulla podrá tenerlo por un Carlos Martel y otorgarle, por lo tanto, para *in perpetuum* la presidencia de su gobierno; pero la altiva España ni siquiera lo considerará como al aventurero y truhan Ripalda, y la recompensa le augura un fin parecido sino más siniestro.

Vaya que sí.

El digno y bravo general Contreras ha prometido romper la espada antes que ponerla al servicio de ningún rey extranjero. El que como bueno cumplió, como caballero procede.

¿Qué vergüenza para el noble descendiente de los Guzmanes, verse hoy y ayer humillado por sus subalternos!

A pesar de la vanidad y orgullo olímpico del conde de Reus, creemos que allá para sus adentros se ha de sentir muy pequeño ante la modestia, patriotismo y noble comportamiento del general que se batía mientras él estaba ausente del campo donde le llamaban su honor y sus compromisos.

Sin embargo de esto, juramos á que se hace adjudicar un rimbombante título de príncipe por su rey macarrónico.

Y dentro de poco participará al mundo desde el banco de su *falso* gubernamental, que desciende de reyes.

¡Si habrá honra en la España de Prim y Prats!

La bravata de D. Juan proferida en las Cortes nos tiene achicados.

Ni á los carlistas y republicanos juntos, teme. ¡Si será valiente!

Lo que nos dá un poco de aliento es que conocemos regularmente los puntos de bravo que calza el Sr. Prim y Prats, general revolucionario por obra y gracia de los generales Pierrard y Contreras.

Además, el pueblo republicano está acostumbrado á despreciar bravatas más fundadas que las del revolucionario que vagaba por las costas del Mediterráneo y se oscurecía por entre las breñas de los altos Pirineos, mientras los bravos catalanes se batían, instigados por él, y el general Pierrard vencía en Limas de Marcuello.

Esto empero, consideramos como un valiente al héroe de Villarejos; pero ¿crees el hereditario presidente del Consejo de ministros que los republicanos son corderos? Baruntamos está muy lejos de creerlo así, y aún que le causan algún escozor en estos días; porque muy bien podrían dar al traste con su macarrónico rey y con su hereditaria presidencia de gobierno, á pesar de sus bravatas y todo.

Apostaríamos la nobleza de Guzman el chico á que sí.

Por de pronto, hagamos constar que teme el que amenaza inoportunamente.

Dijo D. Juan Prim en la célebre sesión de ayer que el Sr. Castelar sabía mucho de historia, mucho de oratoria, mucho de política y mucho de matemáticas; pero que él, D. Juan Prim, era un bravo solo ó sabiendo dirigir un ejército, lo cual bastaba para defender la monarquía. Semejante afirmación sería indigna, si no fuera altamente ridícula; viene á ser un reto dirigido al ciudadano Castelar y que el partido republicano aceptará en nombre de nuestro popular orador.

Ya lo veremos, D. Juan. Dirigireis el ejército tan bizarramente como el 22 de junio, como el día de Linas de Marcuello, como el día de Alcolea y otros. Lo dirigireis... de lejos, como cumple á un general en jefe prudente y sabio.

Hubo en la sesión de ayer... MISTERIOS, muchos é inesplicables.

Cánovas del Castillo, caporal del peloton

alfonsista, estuvo con su retraimiento contra la candidatura Aosta: los soldados del peloton votaron á favor del ministerio.

Los esparteristas se desvanecieron en el salon; pero D. Pascual miró con buenos ojos al italiano.

Topete, Ríos Rosas y Vega Armijo contrariaron abiertamente la candidatura, á nombre de la union liberal.

Silvela, Izquierdo y otros unionistas, se manifestaron contentos de ver á Aosta en lugar de su antiguo idolo Montpensier.

Los cimbreros, los ex-demócratas, los que un día se dijeron republicanos, obedecieron la orden del día que en las oficinas habrían recibido, de acoger con benevolencia la candidatura de su futuro señor.

¿Qué misterios tan repugnantes y escandalosos!

El club republicano federal del Congreso, uniendo una prueba más á las muchas que tiene dadas de su celo y actividad revolucionaria, acordó anoche, en sesión pública, nombrar una comisión que pusiera en conocimiento del Directorio los deseos de los ciudadanos, allí reunidos, de prestarle todo su apoyo con tanta más razón cuanto que la candidatura del duque de Aosta, presentada á las Cortes por el gobierno, ha excitado los ánimos, ha ultrajado la *Soberanía nacional* y puesto en peligro los derechos del hombre y las libertades patrias, proclamados por la revolución de setiembre.

Acordó igualmente protestar de la elección, que en definitiva pudiera recaer sobre la candidatura propuesta en la sesión de ayer á las Cortes, en razón de considerar ilegal á la Asamblea constituyente.

Como dijimos ayer en el alcance de última hora para Madrid, los alrededores de las Cortes presentaban un aspecto bastante amenazador, siendo de notar que los agentes encargados de sostener el orden público, parecían desear algún conflicto, pues que prendieron indebidamente á los hermanos Escarpizo, republicanos bien conocidos y que acudieron á aquellos sitios para evitar toda provocación inconveniente. Hoy tenemos mucho gusto en anunciar que estos buenos amigos fueron puestos en libertad anoche mismo.

Se ha presentado á la empresa del teatro de Calderon (Madera Baja, 8) un apócrifo en un acto y en verso, original de un aplaudido escritor, titulado *Macarronini I*, que se pondrá en escena á la mayor brevedad, y del cual tenemos las mejores noticias.

Nuestro querido amigo y correligionario Juan Domingo Ocon, ha regresado á Valencia de ésta, en que su reconocida integridad, abnegación y consecuencia políticas han obtenido muy brillante acogida en los círculos republicanos donde ha hecho uso de la palabra, tan sencilla como persuasiva y elocuente.

Recomendamos á nuestros lectores el colegio Ibérico de la calle de la Salud, 17, segundo, bajo la dirección de los ilustrados capitanes Ricardo Godos y Ubaldo R. Quiñones, donde además de los módicos honorarios se dá una moral educación.

## PROVINCIAS.

Amigo Paul: Acabo de leer el prospecto del periódico que vais á fundar, que creo se apellidará EL COMBATE, y como quiera que la idea que viene á representar en el estadio de la prensa es altamente noble y humanitaria, podeis desde hoy contarme como uno de sus suscritores. El vacío que llenais con EL COMBATE será de grandes resultados para nuestra causa; vergüenza daba que en España no hubiera un periódico serio que tratara con energía y radicalismo las cuestiones sociales: no parecía sino que todo este gran partido republicano estaba compuesto de hombres suficientemente tímidos para realizar el ideal revolucionario, ya en lo político como en lo social, y que se prestaba á constituir una república *esperanza y seguro para todas las clases*, que defraudara las legítimas esperanzas que el pueblo obrero concibiera.

Adelante, pues, querido correligionario; enarbolad con potente brazo la bandera revolucionaria, y sea vuestro periódico la fotografía que muestre ante el mundo la infinidad de sufrimientos que aquejan al pobre *párra* de ayer y proletario de hoy; y al prestar un gran servicio á la causa de la revolución, habreis contribuido grandemente á desterrar del corazón del obrero la apatía ocasionada por el abandono en que generalmente se le deja, y que agobiado por un cúmulo de sufrimientos llegue hasta á desconfiar del porvenir, y mire con ojos inciertos su redención social, que los que tenemos fe vemos ya dibujarse en el claro horizonte de nuestras esperanzas.

Aquí el hambre y la peste están reinando, señoras sobre nuestra populosa ciudad; las autoridades nos han dejado en el más completo abandono; no se ha abierto ningún

trabajo público, como se había hecho siempre en semejantes ocasiones, y se han repartido solo 40,000 libras de pan para 24,000 necesitados; esto es todo el auxilio que se han dignado prestar las autoridades sagastinas. La miseria del pueblo contrasta notablemente con la algazara y festines á que se han entregado las clases ricas que han emigrado, sin ofrecer apenas un céntimo para socorrer á los necesitados.

La situación de Barcelona es horrible. Salud y República federal.—Baldomero Lostan Prats.—Barcelona octubre 27 de 1870.

Muchos periódicos de provincias vienen estos días publicando enérgicos artículos declarando guerra á muerte á Madrid.

Es una campaña justa la que emprenden aquellos órganos de la opinión, profundamente alarmada por los males que de este centro de corrupción y de inmoralidad parten.

Si entre los hombres de la situación existiese un átomo siquiera de patriotismo, abandonarían llenos de vergüenza el campo de sus tristes proezas y confundirían su voz con la del pueblo para pedir el pan, la libertad y la justicia que se le escamotean; pero no lo harán, porque el estómago está por encima del patriotismo en ciertos seres, y así iremos tirando hasta confundirnos todos en el cúmulo de desgracias que á la patria amenazan.

Entretanto celebramos la enérgica actitud de nuestros apreciables colegas de provincias, con los cuales gritaremos siempre guerra á Madrid, guerra á muerte al Madrid del privilegio, de la farsa, de la inmoralidad y de la infamia.

Guerra á muerte y no cejar, que el día de la justicia llegará.

Y pronto.

El ayuntamiento popular de Sevilla ha presentado su dimisión, fundándose en la falta de recursos y en la negativa del gobierno á proporcionárselos.

La goleta *Buenaventura*, donde se hallan los prisioneros carlistas, ha recibido orden de permanecer en Pasajes hasta la sustanciación de las causas.

El ayuntamiento de Alicante se ve precisado á demandar recursos en los siguientes términos:

«El ayuntamiento de Alicante le pide á usted una limosna para las víctimas de la miseria y del infortunio; no desoiga su ruego, y del fondo de nuestro corazón le enviaremos los que susciben su más profunda gratitud.»

El ayuntamiento de Badajoz ha dimitido en masa por no tener un cuarto ni esperanzas. Siguen las dimisiones.

Parece que el señor ministro de la Gobernación ha ordenado al gobernador de Cádiz que sean despedidos á lazareto súplico los buques que arriban á dicho puerto procedentes de Valencia, aun cuando tengan su patente limpia.

## CÓRTEES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión del día 3 de Noviembre.

PRESIDENCIA DEL SR. RUIZ ZORRILLA.

Abrióse la sesión á las dos y media. Leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Sr. DIAZ QUINTERO dijo que por ser contraria á la Constitución, que prohibe manifestaciones hechas por fuerza armada, no debía admitirse una petición, de que se dió cuenta ayer, de los voluntarios de Cuba.

El Sr. PRESIDENTE dijo que la mesa resolvería lo que fuera procedente, y el Congreso en su día tomaría la determinación que juzgase oportuna.

El señor ministro de HACIENDA leyó un proyecto de ley para que las Cortes aprueben el decreto declarando exentos del derecho de arancel y de descarga los carbones que sean trasportados á Barcelona.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS pidió la palabra y dijo: que según recordarian los señores diputados, la última ocasión que tuvo el honor de dirigirlas la palabra, lo hizo con verdadera amargura, refiriendo las gestiones que había hecho cerca de uno y otro príncipe en Europa con el deseo de encontrar un candidato digno del trono de San Fernando.

No queriendo con esto rebajar en lo más mínimo á ninguno de los candidatos, aunque no sean de estirpe régia, que haya dentro de España y tengan la simpatía de mayor ó menor número de señores diputados.

Por razones de alta política, el gobierno de S. A. no ha creído conveniente presentar ninguno de estos candidatos.

En su último discurso advirtió que las negociaciones quedaban pendientes, y han producido bueno y perfecto resultado.

Recordó que por causa de la candidatura Hohenzollern había estallado una terrible guerra entre dos naciones amigas.

El orador aseguró que él y sus compañeros tenían la conciencia tranquila de no haber sido causa, ocasión ni motivo para que estallase la lucha, y la historia justificará que España tenía perfecto derecho á elegir para monarca la persona que creyesse conveniente.

Durante el primer período de la guerra, solo reinó la incertidumbre en toda Europa acerca de sus resultados, y el gobierno suspendió sus gestiones para buscar candidato; pero localizada la lucha en Francia, y habiendo renunciado el ilustre príncipe alemán pocos días antes de que estallara la dicha guerra, y para evitarla, la corona que el gobierno español condicionalmente le ofreció, el gabinete autorizó al presidente del Consejo para que se dirigiera de nuevo á la casa de Saboya, pues si bien el duque de Aosta no aceptó la corona la primera vez que se le ofreció, su negativa fué tan bondadosa, tan digna, tan honrosa al mismo tiempo para España, que no se creyó había inconveniente en volver á gestionar en Italia.

Estas gestiones, seguidas por telegrama, han producido excelente resultado.

El rey Victor Manuel se manifestó desde luego favorable á ellas.

Sobre la mesa quedaron los datos de estas negociaciones para que se enteren los señores diputados.

El orador se felicitó de que tuviera ya ocasión de salir de la interinidad, contra la cual todos clamaban, que tantos males puede ocasionar al país, y que para acabar con ella había hecho él todos los esfuerzos imaginables que en su día se sabrían.

Terminó haciendo un llamamiento al patriotismo de los diputados monárquicos, para que todos voten al candidato que no es candidato del gobierno, pues el elegido será candidato de las Cortes soberanas.

Los Sres. García Lopez y Suñer y Capdevila no quisieron usar de la palabra para defender dos proposiciones que habían presentado, para que pudiera hablar el señor Castelar.

Se leyó una proposición de este señor diputado contra la política exterior é interior del gobierno.

En su apoyo dijo:

El Sr. CASTELAR: Señores diputados: Si no fuera por molestar al señor secretario, haría que se volviese á leer mi proposición. La creo tan evidente, que no la defendería si la evidencia sirviese de algo en los parlamentos modernos.

Acabamos de oír con profunda tristeza esa lastimosa odisea que nos ha relatado el señor presidente del Consejo. Ha descrito su paso por todas las cortes de Europa. Ha confesado que uno de esos pasos trajo la guerra y desconcertó el continente europeo. Ha dicho, monárquico á prueba de desdenes, que la familia de Saboya había ya dos veces rehusado la corona, y que solamente ha querido aceptarla y decidirse á salvarnos á la tercera oferta. Ha concluido hablando de candidatos españoles y prometiendo traer para mañana el protocolo de las negociaciones. ¿Por qué no haber comenzado trayendo ese protocolo?

¡Caso grave y raro! Las Cortes nada han sabido hasta hoy del candidato, y el gobierno no se lo anunció ayer á los ejércitos, demostrando así que tiene en más y le importan más las bayonetas de los soldados que los votos de los representantes del pueblo.

No comprendo cómo el señor presidente del Consejo se atreve á decirnos que ha seguido esas negociaciones para procurar candidatura. ¿Con qué derecho? ¿En qué sesión le han acordado las Cortes tales atribuciones? Ha cometido una usurpación, y ni siquiera se lo dice su conciencia. He ahí el respeto, señores diputados, que al presidente del Consejo le inspira la representación nacional. Se ha querido traer un rey en secreto, temiendo la luz de las ideas y las agitaciones saludables de la libertad.

Yo podría hablar de la política interior; pero prescindiendo de ello en vista de la cuestión suprema, de la cuestión de candidato. En la política interior espesaría nuestras quejas y hablaría de nuestros males; pero son las quejas y los males presentes. En la cuestión de candidato, en la cuestión de un monarca hereditario, creo representar algo más alto; las quejas y los males de las venideras generaciones, que condenais sin derecho para ello á la servidumbre.

Hablemos, pues, de la candidatura. Al medir la grandeza del asunto, y compararla con la debilidad de mis fuerzas, de grado renunciara, si lo consintiese mi conciencia, á esta improba tarea. Sin embargo, la situación de España puede compendiarse en una fórmula gráfica y suprema: sustitución de la política dinástica de don Isabel II por la política personalísima del presidente del Consejo. Este mal nos ha traído una serie de males: en lo interior, el caos; en lo exterior, la guerra.

Si yo fuese dado á las reconvenções, cuántas y cuán acerbos no brotarían de mis labios, al recuerdo de las innumerables veces en que os anuncie que este empeño de buscar extraños reyes por el mundo había de traernos al fin una pavorosa catástrofe.

trofe! Fúnebres eran mis presentimientos; pero más fúnebre ha sido aun la realidad. Así, cuando oigo los lamentos de huérfanos y viudas, el crujir de las ciudades que se desplomán, el hervor del incendio que envía nubes de sangre a los aires cargados de lágrimas; cuando veo medio millón de cadáveres insepultos exhalando de sus restos la peste; y París, la capital del género humano, amenazada, como Roma por Alarico, no comprendo, ministros monárquicos, no comprendo cómo no habeis desaparecido ya, aplastados bajo el peso de los remordimientos.

El origen de todos nuestros males se halla en haber querido que la revolución produjera un estado monárquico, cuando la revolución ha producido un estado republicano. Aquí todos, la mayor parte sin quererlo y sin saberlo, han sido republicanos. Lo han sido los ministros que creyeron que el rey podía ser nuestra hechura, cuando para vivir respetado y reinar glorioso debiera haber sido nuestro Hacedor. Han sido republicanos los legisladores que dictaron el título 1.º de la Constitución incompatible con toda monarquía.

Han sido republicanos los escritores monárquicos que se han burlado de todos los candidatos, y los partidos monárquicos que jamás en la cuestión candidatura han llegado a la unanimidad, moral erigida por la teología monárquica para dar fuerza a sus mentidos dioses. Así el prestigio monárquico se ha perdido. Y a los pueblos que pierden el prestigio monárquico, esa manera de encanto, les sucede como a los individuos, que al pasar de la niñez a la pubertad, pierden la inocencia; no vuelven jamás a cobrarla.

El presidente del Consejo me dirá que se ha visto asediado por los partidos monárquicos, los cuales a una le demandaban rey. ¿Rey? Pues qué, ¿puede ser el rey obra del acaso, del capricho, del momento? Todo se improvisa en política, todo, menos una monarquía. Los reyes son en la sociedad como los metales en la tierra; los hijos de los siglos. Si tan necesitados se encontraban los partidos monárquicos de rey, ¿por qué con la cabeza descubierta y la rodilla en el polvo, no conservaron la antigua dinastía?

Los partidos que derriban un trono, difícilmente levantan otro. Los partidos democráticos no pueden ser partidos monárquicos. Su criterio es el raciocinio, enemigo de la fe; su temperamento es la revolución, enemiga de la monarquía; su conciencia está llena de ideas radicales, y su corazón de cólera plebea; son, por consecuencia, excelentes para derribar tronos, é incapaces de reconstituílos.

¿Queríais de veras la monarquía? Pues haber conservado la áurea cadena de las tradiciones, que tenía como suspensión la corona de los cielos a la vista del pueblo. La voluntad nacional es cambiante, porque es movable, y es movable, porque es progresiva. Sobre ella no puede fundarse ningún poder permanente. Cuando el rey no inspira a todos los partidos el respeto que inspira el rey de Bélgica a los belgas y la reina de Inglaterra a los ingleses, no penseis traer con la monarquía la libertad y la paz. Aquí hay partidarios de cuatro ó cinco candidatos. Y en medio de este oleaje, os forjais la ilusión de que el futuro rey va á ser respetado. No me arguyais con las divisiones de los republicanos. Son verdad, y yo nunca oculto la verdad. Pero la variedad es la ley de las Repúblicas, y la unidad la ley de las monarquías. Una República muere cuando mueren los partidos, y una monarquía muere el día en que nace un solo partido antidinástico. El prestigio que perdió una monarquía hereditaria, no lo volverá á recuperar jamás una monarquía electiva.

El mayor inconveniente para los reyes electivos se encuentra en las ideas y los sentimientos. Como el físico que saca una chispa de las botellas eléctricas no puede producir la tempestad, porque la tempestad necesita el gran laboratorio de la naturaleza, el legislador que dá órdenes, mandatos, no puede crear los sentimientos; porque los sentimientos necesitan el gran laboratorio de la sociedad. ¿Qué sentimientos monárquicos hay en esta cámara monárquica? Acaban de decirnos que hay ya un monarca; y no ha resonado un aplauso, y no se ha oído un grito de entusiasmo, como si en vez de presentaros un candidato os hubieran presentado un cadáver. Aquí se ha hecho más: se ha mirado con indiferencia el origen, el carácter de todas las candidaturas, aguardando á que saliese el rey, latino ó germano, católico ó protestante, mayor ó menor de edad, liberal ó reaccionario, de la voluntad del presidente del Consejo.

S. S. nos ha descrito su largo viaje por Europa. Y al describirnoslo, ha demostrado que ejerce una verdadera dictadura. ¿La comprendéis mayor? Se extiende hasta imponer un rey á las venideras generaciones. Los poetas antiguos llamaban á Júpiter padre de los dioses y de los hombres; los historiadores modernos llamarán al general Prim padre de los príncipes y de los reyes. Todos han visto renacer en su persona la figura del cardenal Portocarrero, que tramaba también negociaciones parecidas junto al lecho de Carlos II espirante. El espec-

táculo es el mismo; solo que allí el dispensador de la gracia era un cardenal, y aquí es un soldado: allí espiraba, se extinguía la vida de un rey; aquí espira, se extingue la honra de todo un pueblo. El general Prim tiene una corona en sus manos, y en torno de esa corona bullen hambrientos de reinar príncipes de la casa de Francia, príncipes de las casas de Alemania, y príncipes de la maquiavélica y ambiciosísima casa de Saboya.

Señores: primero llamó el presidente del Consejo á un palacio vecino. En vano le habíamos dicho que el rey viudo de Portugal podía llamarse D. Fernando el imposible en España, porque jamás consentiría Portugal en dejar su autonomía á los azares de una herencia. De allí pasó el general Prim á Italia, y recibió dos negativas. La casa de Saboya no quiso darnos un rey cuando creía á Francia fuerte; y nos manda ese rey ingratal hoy que cree á Francia débil, á Francia su creadora, á Francia inmortal como el espíritu de nuestro siglo. Luego el presidente del Consejo dió un salto mortal, pasó á Alemania. Todo el mundo sabía que la candidatura alemana iba á producir la guerra europea; todo el mundo, menos el presidente del Consejo. Y el príncipe Leopoldo fué el funesto París que encendió la guerra universal. Ahora volvemos á tener rey italiano. ¿Qué decir de un pueblo con rey alemán en julio, y rey italiano en octubre?

¿Existe en ese pueblo un átomo de fe monárquica? ¿Sabe ya ese pueblo lo que es la lealtad monárquica, la adhesión á una persona ó á una familia privilegiada? ¿No os enseña eso que han cambiado aquí todos los sentimientos, todas las ideas? La filosofía es racionalista; el arte, revolucionario; la industria, cosmopolita; el trabajo, la única nobleza; la democracia, el océano social á que van á desaguar todas las clases; la imprenta es niveladora, hasta de las inteligencias; el derecho exige como condiciones esenciales de la justicia, la libertad y la igualdad entre todos los hombres. ¿Qué monarquía vais á crear en esa corriente de ideas, en esa corriente de sentimientos?

Y no me digais que esos sentimientos los hemos creado nosotros los republicanos. La voz que pedía cuenta á los reyes de sus crímenes de quince siglos, era la voz de un noble, la voz de Mirabeau.

Los legisladores que levantaron el monumento de los derechos del hombre en la noche del 4 de agosto eran aristócratas. Los primeros en romper el prestigio monárquico, forzando á Carlos IV á una abdicación honrosa, vasallos eran, que no ciudadanos. Un general educado en vuestra ordenanza se levantó en Cabezas de San Juan contra Fernando VII, y un sargento en la Granja contra María Cristina. Monárquicos eran los progresistas que expulsaron la hija de cien reyes y pusieron en su lugar al hijo de un carretero; monárquicos los moderados que tramaron aquel célebre proceso en que la reina era testigo, juez y parte, para abrogar el primer decreto dado en su mayor edad; monárquicos los generales que en Vicalvaro rompieron la régia prerogativa; monárquica la pluma elocuentísima que trazó el programa de Manzanares pidiendo un trono, pero sin camarillas que le deshonrasen; monárquico el general que puso el gorro frigio sobre las sienes de la ilustre pariente de Luis XVI, obligándola á declarar que eran once años de deplorables equivocaciones los once años de todo su reinado; monárquicos los diputados reunidos aquí en son de rebeldía y dispersados por los cañones de los reyes; monárquico el ilustre marino que al enarbolar la bandera revolucionaria en la Numancia y en la Zaragoza, enarbolaba el sudario de los reyes, de los emperadores, de los papas; monárquico el general que derribó en Alcolea y en un día el trono de quince siglos; de suerte que las instituciones monárquicas han muerto por una descomposición interior, á la cual habeis vosotros mismos con vuestras fuerzas y con vuestras ideas contribuido. Así no hay rey posible.

¿Cómo se reirían de nosotros los verdaderos reyes, los reyes del Escorial y de Saint-Denis y de Westminster! No comprendieran, no, esta asamblea. El rey ya no es el padre sino el hijo de sus vasallos. Su corona no es aquella corona de oro en que iban engarzados los nombres de San Fernando, de Alonso X, de Isabel la Católica, sino una corona de talep en que van grabados los nombres de Prim, Martos, Rivero, Topete, funestos á toda monarquía. Junto á una herencia de vagos privilegios vais á poner otra herencia de sañudas cóleras. Junto á la monarquía, el sufragio universal. Las nuevas generaciones, educadas por los derechos individuales, se preguntarán: ¿con qué autoridad usurparon las Cortes constituyentes mi participación en la soberanía pública? Y vendrá tras esta pregunta la respuesta de las revoluciones. Convenid conmigo en que el rey puede salir de un templo, pero no de una asamblea; descender de una nube, de un misterio, pero no de una urna electoral. Convenid conmigo en que el rey necesita llevar en su frente el sello de la elección divina, y en sus manos, como un manojito de rayos, los timbres de la victoria.

No teneis más razon para restaurar una

monarquía que una razon de estabilidad. Y fiais la estabilidad de vuestra monarquía á la diplomacia. ¿Creeis que este rey será más estable porque lo apoye la diplomacia europea? Las obras de la diplomacia son todas frágiles. La diplomacia organizó monárquicamente á toda Europa en los congresos de Viena y de Verona. ¿Qué resta de aquella organización? Díganlo, señores, los Borbones de Francia, de Nápoles, de España y Parma, los archiduques de Toscana y Módena: la dinastía bávara de Grecia; el Papa, el rey de Hannover y el elector de Hesse; desaparecidos, unos en las revoluciones populares y otros en los campos de batalla, donde se defiende el nuevo principio de la unidad de las razas.

Para saber la solidez de las monarquías diplomáticas, basta recordar un hecho. La diplomacia monárquica veía con horror allá en América una tierra sin reyes, como ve con horror aquí en Europa otra tierra sin reyes. Aquella tierra se llama la nueva España, y esta tierra se llama la España vieja. En aquel hecho tuvo el general Prim un gran papel, como tiene otro gran papel en los hechos de hoy, el papel de protagonista.

Un príncipe ilustre de la antigua casa de Hapsburgo fué á sentarse en aquel trono elevado por la diplomacia europea á espaldas de la gran República americana, comprometida en espantosa guerra. Una mujer de gran corazón y grande inteligencia acompañaba á ese príncipe. ¿Qué tragedia! Esquilo y Shakespeare no la han escrito mayor. A los pocos años, aquel emperador, atravesado el corazón por las balas republicanas, era un cadáver; y aquella emperatriz, atravesado el corazón por acerbos dolores, era menos que un cadáver, era una loca. Vosotros podeis enseñar al monarca un gran pueblo que regir, una gran corona que llevar; el palacio de Madrid por pedestal; recuerdos gloriosos para halagar su orgullo y para esperezar su cuerpo, estancias mágicas en el corazón de Guadarrama ó á las orillas del megestuoso río inmortalizado por Garcilaso; las hazañas españolas por prosapia y el Escorial por tumba.

Pero á través de todas esas grandezas, junto á la imagen del general Prim verá flotar esas dos figuras de los emperadores de Méjico, semejantes á dos figuras de los infiernos del Dante, vertiendo ríos de lágrimas, ríos de sangre, y enseñando con un triste ejemplo cómo, dados los mismos antecedentes, se repiten las mismas catástrofes en las páginas de la historia.

Todos los candidatos tienen aquí más razon de ser que vuestro candidato. D. Carlos sería el retroceso, sería la reaccion, sería la venganza; sería tan absurdo como si restauráramos los castillos feudales para los nobles, y la servidumbre del terruño para los plebeyos. Pero D. Carlos representaría una idea, un elemento, una clase de la sociedad, el clero. ¿Queréis decirme qué representa vuestro candidato?

D. Alfonso sería no menos temible que D. Carlos. Ha nacido en palacio, al eco del cañón, á la sombra de la bandera española destinada á ser el manto de sus hombros. Sus cortesanos, sus maestros, su madre le han mostrado una corona para sus sienes. De pronto toda aquella magia desaparece, y sobreviene el destierro. Ese niño, en vez de la corona esperada para su cabeza, solo lleva una corona de espinas en el corazón. Para él nuestras leyes son sofismas, nuestras cortes clubs, y los partidos liberales partidas de saltadores. Si volviera, su horror á todos nosotros no tendría límites, como hoy no tienen límites sus dolores. Esto explica las venganzas de todas las restauraciones. Pero por horrorosa que fuera la restauración de D. Alfonso, representaría algún interés, alguna tradición, algún recuerdo. ¿Queréis decirme qué representa vuestro candidato?

El duque de Montpensier simboliza quizá la monarquía más aborrecible á los republicanos; pero el duque de Montpensier representa en España, como su familia en Francia, el tránsito de la legitimidad á las modernas anarquías; el tránsito de los privilegios aristocráticos á los privilegios de las clases medias. Es una idea la suya, que yo aborrezco; pero es una idea la suya, que tiene inmensa fuerza y que representa inmensos intereses en la sociedad moderna. ¿Queréis decirme qué representa vuestro candidato?

Hay otra candidatura que debería tener muchos partidarios en esta Cámara: la candidatura del duque de la Victoria. El partido progresista le debe á ese general todos sus triunfos. El pueblo le guarda respetuoso culto, y si no sintiera en su corazón el entusiasmo republicano, Espartero hubiese sido su rey. Comparadlo con vuestro candidato. Espartero es un venerable y desinteresado anciano, y vuestro candidato es uno de esos jóvenes aventureros reales, que por saciar su sed de mando abandonan hasta su patria. Espartero grabaría en las piedras de su palacio los nombres de Luchana y Mollat, y vuestro candidato solo puede grabar los nombres de Lissa y Gustozza. Espartero conoce al pueblo, y es conocido del pueblo, y vuestro candidato desconoce hasta la lengua del pueblo. ¿Y habeis olvidado á Espartero! Tremenda ingratitud, solo

comparable á la ingratitud de los Borbones, y que tendrá también un tremendo castigo! Me direis que Espartero era imposible por ser su advenimiento demasiado república para los monárquicos y demasiado monarquía para los republicanos. Entonces, confesad conmigo que todo rey es imposible. Y por un imposible habeis dividido las fuerzas revolucionarias, habeis perturbado la nación, habeis encendido la guerra universal, habeis destruido el mapa europeo, cuyos pedazos caen calcinados y ensangrentados, entre las maldiciones del género humano, sobre vuestra incapacidad y vuestra torpeza.

Hablemos claro. Lo que aquí se quiere no es el rey de la nación, no es ni siquiera el rey de un partido; es el rey de la fracción de un partido; es el secretario de vuestro Consejo de ministros; es el editor responsable de vuestra política; es la sombra del general Prim, proyectándose en las alturas del trono. Y ¿qué personalidad es esa? Yo no discutiré la personalidad particular del general Prim, á la que debo y tengo gran respeto.

Pero yo discutiré su personalidad política, sujeta á mis investigaciones y á mi crítica. ¿Es el general Prim uno de esos grandes políticos que renuevan las sociedades porque tienen fe en una idea? No: todas las ideas le son indiferentes. ¿Es uno de esos estadistas como Cavour ó como Bismark, que intenta las altas empresas y engrandece á los pueblos? No: dos ocasiones ha tenido de seguir esa política, y dos ocasiones ha desperdiciado. Su Dios es el acaso; su religion el fanatismo; su único apoyo el ejército; su única fe la fuerza; su único ideal este caso presente, y su única aspiración para lo porvenir vincular el poder en su partido. A esto se halla reducida su política; á representar el egoísmo de una fracción decrepita. Eso es su rey; el símbolo vistoso del egoísmo de un partido. Ved, señores, á lo que ha venido á reducirse en España el trono de San Fernando.

El general Prim no prevé todos los males que toda esta angustiosa situación va á traer, porque la primera cualidad del general Prim es una imprevisión sin ejemplo. Desde que presentó la candidatura de Hohenzollern y no presintió que esa candidatura nos traía la guerra, está el general Prim incapacitado para mandar á la nación. Si no ve escollos tan visibles, la ceguera de su espíritu es muy grande. La historia, la prensa, los hechos diarios anunciaban esa catástrofe. La raza latina y la raza germánica han traído principios contrarios á la historia. La una con el imperio, con el catolicismo, con la revolución francesa, todos los principios unitarios, todos los principios sociales. La otra con el feudalismo, con la reforma, con la Constitución de Inglaterra, con los Estados Unidos, todas las ideas individuales, todas las ideas liberales. Pero estas dos razas necesitan de sus mutuos principios para completarse, como la vida animal necesita el oxígeno que exhalan los vegetales, y la vida vegetal necesita el carbono que exhalan los animales.

Así cada raza restablece en la opuesta los principios que le son propios. Cuando la raza germánica olvida el principio social de unidad, lo restablece la raza latina. Con su iglesia educa á los bárbaros; con su imperio levanta algún elemento uniforme sobre el caos del feudalismo germánico. Hasta en nuestro mismo tiempo Italia ha enseñado á Prusia y Cavour á Bismark el camino de la unidad alemana. Cuando la raza latina se duerme en el cesarismo, la raza germánica tiene el encargo de despertarla. Así acabó por medio de Alarico con el cesarismo romano; por medio de Lutero con el cesarismo pontificio; por medio de Mauricio de Sajonia con el cesarismo de Carlos V en Innsbruck; por medio de Wellington y Blucher con el cesarismo de Napoleón el grande en Waterloo; y por medio de Moltke y de Bismark con el cesarismo de Napoleón el chico en Sedan.

Todas estas combinaciones sociales, que serán una armonía dichosa cuando en el mundo dominen la razon y el derecho, son hoy en este mundo monárquico y semibárbaro causas continuas de guerra. Y el objeto de esa guerra será siempre el Rhin, y los contendientes Francia, que lleva el cetro de la raza latina, y Prusia, que lleva el cetro de la raza germánica.

Ahora bien: ¿cómo el general Prim fué á perderse en ese dédalo de problemas? ¿Cómo fué á comprometer nuestra política en ese inmenso abismo? El general Prim ha sido instrumento de una inteligencia sagaz, dúctil, maquiavélica, que, apoyándose en un rey de derecho divino á quien maneja, intenta realizar el predominio de Prusia en Alemania, y de Alemania en Europa. ¿Le tocaba al general Prim ser enemigo de nuestra misma raza y suscitarle una guerra de que solo podrá salir victoriosa por la fuerza sobrenatural que hay siempre en las instituciones republicanas?

Todas estas catástrofes han provenido del funesto empeño en traernos un candidato extranjero. Yo no comprendo cómo hay político que quiera traer aquí un rey extranjero; yo no comprendo que haya rey extranjero capaz de venir aquí. Si algún sentimiento existe arraigado en nuestra patria,

es el amor á su independencia. Trescientos años combatimos con los romanos: setecientos años combatimos con los árabes. Ese gran sentimiento es el fuego creador de nuestra nacionalidad.

Todas las provincias experimentan en el mismo grado el fanatismo por la independencia española, por su alta autoctonía: los vascos se creen nacidos de aquel suelo como sus árboles; dan á su lengua la ancianidad del hombre, y se glorian de no haber mezclado su sangre con ninguna otra sangre: los cántabros y los astures recuerdan que ellos fueron los últimos en someterse á los Césares antiguos, y los primeros en declarar la guerra á los Césares modernos: los gallegos saben que sus hondas dispersaron á los normandos, y sus chuzos contribuyeron á rescatar la tierra portuguesa: los grandes héroes son para nuestros pueblos sus grandes guerrilleros: Madrid solo celebra el 2 de Mayo: Andalucía no enseña sus preseas artísticas sino allá en las montañas, las Navas, al comienzo de la llanura, Bailén, y Cádiz en los últimos límites del horizonte: Valencia guarda á Sagunto; Aragón, Zaragoza; Cataluña, Girona; y por eso cuando los pueblos padecen, cuando los conquistadores vienen, cuando la independencia se eclipsa, lo mismo el ruso de Moscow que el ateniense de París: lo mismo Fichte excitando á los alemanes contra Napoleón, que Víctor Hugo excitando á los franceses contra el rey Guillermo, ó Byron tomando en una mano la lira de Tirteo, y en la otra la espada de Leonidas para defender á Grecia de los turcos, vuelven los ojos hacia esta tierra, y enseñan á los que pelean por sus respectivas naciones, nuestras ruinas humeantes, y en ellas cómo se derriba á los conquistadores, cómo se pelea y se muere por la patria. (Aplausos).

Y vosotros vais á traer sobre esta tierra un rey extranjero. Si España no se consume, si España no forceja antes de consentir esta ignominia, lloremos por España; vistamos luto como hijos sin madre, porque habrán muerto las virtudes más características de nuestra raza y se habrá extinguido en el mundo el espíritu de nuestra patria.

Lo cierto es que por una candidatura extranjera, por un príncipe extranjero, habéis suscitado una guerra, sin considerar que una gran nación del norte, Polonia, ha muerto, no solo por un crimen de los tiranos, sino también por las guerras que suscitaban sus anárquicas elecciones de reyes extranjeros entre todos los pueblos.

Pero no habéis escarmentado, y con la candidatura del duque de Aosta traéis la candidatura que más complica nuestros problemas interiores en los problemas europeos. Porque ó este advenimiento del príncipe Amadeo no significa nada, ó diplomáticamente significa la alianza de la casa reinante en Italia y la casa reinante en España para futuras combinaciones europeas. Pues bien, no lo olvidéis: Italia es la nación que más dificultades tiene en Europa, por su historia y por su temperamento. Italia debe su ser, su existir, á otros pueblos. Francia le dio el comienzo de su independencia y de su unidad. Prusia le ha dado el complemento de su independencia y la corona de su unidad.

Hay más: los pueblos suelen pagar, por una compensación social, con largos males sus grandezas históricas. Italia, que fué la primera de las naciones en el mundo antiguo por el derecho y el imperio romano, ha sido también la primera de las naciones en el mundo moderno por el pontificado y el catolicismo. Esto le da grandes ventajas morales, pero también grandes desventajas materiales.

Todos los pueblos se creen con derecho á intervenir en esa ciudad única que se llama Roma, y todos los gobiernos á tener relaciones excepcionales con esa autoridad única que se llama el pontificado. Imaginaos la larga cadena de problemas que todo esto trae á Italia; imagináos en qué confusión vamos nosotros á caer, mezclando nuestra suerte con la suerte de la nación italiana, nuestros intereses con los intereses de sus reyes. Si queréis definir en pocas palabras la casa de Saboya, decid que esta casa ha sido desde el siglo décimo sexto la perturbadora de Europa. Hoy no puede ser simpática á ningún partido, porque para los liberales la casa de Saboya es el carcelero de Mazzini, el verdugo de Garibaldi, y para los católicos la casa de Saboya es el carcelero del papa y el verdugo del catolicismo.

¿Qué nos trae ese rey? En política, un Estatuto otorgado, un sufragio restringido, Cámaras privilegiadas, prensa perseguida; en economía, el papel moneda, el despilfarro, tal vez la bancarota. Por todo engrandecimiento, su hermana en Portugal, como un obstáculo á la unidad ibérica; y su padre, cortesano de Inglaterra, como un obstáculo á la reivindicación de Gibraltar. Ese rey no puede ni siquiera crear una legalidad, porque la legalidad nace del respeto que inspiran á los pueblos los reyes, y ser rey no puede hacer más que desencadenar la revolución.

La comisión que vaya á llevarle la corona deberá decirle, para que no extrañe el reci-

bimiento que aquí le aguarda, deberá decirle que en la tierra de España, á su paso, hasta las piedras del camino le gritarán: ¡viva la República!

El señor presidente del CONSEJO dijo que se ocuparía en contestar á algunos puntos del discurso del Sr. Castelar, dejando la tarea difícil de contestarle más extensamente al señor ministro de Ultramar.

Rechazó la idea que el Sr. Castelar espuso respecto á la catástrofe de Méjico, y declaró que si lo que se pretendía era aterrorizar al duque de Aosta, se engañaban, porque el duque era un soldado valeroso. (Risas), que lo había probado en la guerra, y que si las Cortes lo elegían vendría, por más que otra cosa pretendieran los republicanos, á los cuales no temía, siempre que el luchase por la Constitución y las leyes.

Declaró que sus deseos eran los de consolidar la libertad, pero no los de seguir en el puesto que ocupaba, cuyo puesto tenía por contar con la confianza de las Cortes y del regente, y el cual no tendría para qué dejar si el rey se la dispensaba como creía que sucedería.

Respecto á la candidatura del príncipe Hohenzollern, dijo que no creyó que ella podría dar ocasión á la catástrofe de Francia, porque de sospecharlo siquiera, no la hubiera apadrinado, no teniendo por lo tanto culpa alguna de la guerra que hoy presenciábamos con dolor.

El Sr. CASTELAR rectificó diciendo: El señor presidente del Consejo no ha querido ver la identidad entre el Méjico del príncipe Maximiliano y la España del príncipe Amadeo. Pues la hay: Maximiliano destruyó una República de derecho, y el príncipe Amadeo destruye aquí una República de hecho. Maximiliano se aprovechó de la guerra de la República americana para ir á Méjico, como Amadeo se aprovecha de la guerra de la República francesa para venir á España.

El presidente del Consejo me ha dicho que el nuevo rey no nos tiene miedo. Pues yo á mi vez puedo asegurarle que tampoco tengo miedo al nuevo rey. No temí á una dinastía fuerte, y mal podría temer á esta débil dinastía.

Me ha extrañado mucho la seguridad con que el general Prim afirma que era primer ministro del nuevo rey. ¿Cómo lo sabe el señor presidente del Consejo? Registraré el protocolo, á ver si es esa una de las condiciones negociadas en el arreglo de la candidatura.

Para mostrarme S. S. que no debe culparse por no haber previsto la guerra, dice que tampoco la preveía el príncipe Leopoldo. Pues S. S. sabe bien que el rey Guillermo, y no digo nada del príncipe Leopoldo, son meros instrumentos de una inteligencia más alta.

En abril escribí yo á los periódicos del Nuevo Mundo que se trataba de esa candidatura y que traería consigo la guerra europea. ¿No lo vió así el general Prim? Pues político tan improvisador no merece que le llame el nuevo rey para presidir su ministerio.

El señor ministro de ULTRAMAR defendió al gobierno y la mayoría de los ataques del Sr. Castelar, recordando que las aspiraciones de la revolución y del país las representaba la mayoría y estaban consignadas en la Constitución.

Y terminó declarando que el partido democrático, si no sabía ser cortésano, sabría ser fiel defensor de la monarquía.

El Sr. FIGUERAS habló para una alusión personal, y declaró que si los republicanos estaban tranquilos, respecto á la elección del rey, era porque creían que el rey no vendría.

Por lo demás, si las Cortes le votasen, el partido republicano se consideraría faccioso y fuera de la ley; se retraería y obraría como obró el partido progresista en frente de Isabel II.

El Sr. CASTELAR rectificó diciendo que con la creación de la monarquía, y de una monarquía con un rey extranjero, la revolución moriría para renacer en una nueva revolución.

Dijo también que el rey extranjero votado por las Cortes Constituyentes no sería legal puesto que, si los representantes de la Soberanía nacional hubiesen manifestado á sus electores que se proponían votar un rey extranjero, ni uno tan solo hubiese sido elegido. (Bien, muy bien; estrepitosos aplausos.)

Rectificó el señor ministro de Ultramar, y fué desechada la proposición en votación nominal por 122 votos contra 44.

El Sr. PRESIDENTE dijo que, habiendo presentado el gobierno un candidato, se iba á cumplir lo que la ley prevenía, y que en la primera sesión se votaría el rey.

El Sr. RIOS ROSAS protestó de tal acuerdo y reclamó el derecho incuestionable que tienen los partidos todos y la Cámara para discutir tan trascendental asunto, pues no había de ser una Cámara del siglo XIX menos liberal que lo fueron las Cortes en Caspe.

Además, los precedentes de otros países estaban en favor de la discusión de la elección de rey.

Los Sres. Topete, Figueras y Vinader unieron sus ruegos á los del Sr. Rios para que la discusión se mantuviese abierta.

El Sr. PRESIDENTE sostuvo que su derecho, basado en el reglamento, le daba el de fijar la orden del día, como lo había hecho.

El señor ministro de ESTADO sostuvo el derecho del presidente y la necesidad de llegar á la elección de monarca cuanto antes, para aplacar las impacencias de los anti-interinistas que lo pidieron repetidamente hasta por escrito y bajo su firma.

Rectificó el Sr. Rios Rosas y se acordó por la Cámara, en votación nominal, por 101 votos contra 55, que el presidente podía fijar la orden del día como lo había hecho.

Quedó, pues, acordado que la Cámara se volvería á reunir en el día 16 de noviembre para elegir rey. Y se levantó la sesión.

Eran las siete y media.

## PARTES TELEGRÁFICAS.

Bruselas 1.º de Noviembre.—«El Eco de Luxemburgo» periódico que se publica en Arlon dice:

«Las personas que á consecuencia de la noticia de la capitulación de Metz se habían acercado á las avanzadas para penetrar en Metz, han sido obligadas á retroceder precipitadamente á pesar de los salvoconductos que tenían.

«Los convoyes de víveres enviados desde Arlon no han podido avanzar. Las tropas alemanas que habían empezado su movimiento para dirigirse hacia sus nuevas posiciones han vuelto á sus antiguos campamentos.

«Asegúrase que el ejército de Bazaine, ó por lo menos la guarnición de la plaza y de los fuertes, se ha negado á reconocer la capitulación.»

Añádese que el domingo 30 se han verificado nuevos combates.—Fabra.

LONDRES 3.—El Post y El Times consideran muy probable el armisticio.

Tours 3 (á las siete de la noche, recibido en la madrugada del 4).—Las últimas noticias de París son de ayer á las ocho de la mañana.

El Diario Oficial publica un decreto convocando para mañana los colegios electorales de París, para que voten sobre la siguiente pregunta:

«¿El pueblo de París mantiene, si ó no, sus poderes al gobierno de la defensa nacional?»

IDEM, id. (á las once de la noche, recibido en la madrugada del 4).—Se acaba de recibir un telegrama de Londres, fecha de hoy, anunciando que el conde de Bismark ha ofrecido un armisticio de veinticinco días basado en el statu quo, para que durante dicho tiempo puedan celebrarse las elecciones generales de la asamblea Constituyente.—Fabra.

Tours 3 (á las cinco y diez tarde).—Noticias de París, fechadas el día 1.º de noviembre, dicen:

«Ayer una manifestación armada se apoderó del Hotel de Ville (casa del Ayuntamiento) y detuvo á los individuos del gobierno. Se constituyó un comité de salud pública y un ayuntamiento, formando parte de ellos los Sres. Dorian, Ledru-Rollin, Víctor Hugo y Flourens.

Una proclama del general Trochu, de hoy, sobre estos acontecimientos, dice que los miembros del gobierno fueron hechos prisioneros por algunas horas.

Hacia las ocho de la noche los Sres. Trochu, Arago y Ferry han sido puestos en libertad por el 106 batallón de la guardia nacional, quedando prisioneros los Sres. Julio Favre, Garnier Pagés y Julio Simon.

A las tres de la madrugada estas escenas lamentables han concluido con la intervención de los batallones de la guardia nacional, que acudieron en gran número á los alrededores del Hotel de Ville bajo la dirección del Sr. Julio Ferry.

Los guardias nacionales hicieron desocupar el Hotel de Ville, y ocupando las inmediaciones saludaron con inmensas aclamaciones al general Trochu cuando pasó delante de los batallones.

La relación del general Trochu concluye así:

«Al armisticio propuesto hoy, se unen otras ventajas que París puede apreciar sin que sea preciso enumerarlas, y á pesar de esto se acusa al gobierno de flaqueza y acoso de traición.»

Hoy la tranquilidad es completa.

Los Sres. Garnier Pagés, Pelletan y el general Tamisier están ligeramente enfermos, á consecuencia de las violencias de que fueron víctimas ayer en el Hotel de Ville.

Se elogia mucho la conducta firme del Sr. Ferry.

El sábado próximo se verificará la elección de un alcalde y tres adjuntos por cada uno de los 20 distritos de París.

El Diario Oficial del 2 publica un decreto ordenando que si algún batallón de la guardia nacional sale á la calle armado, fuera de los ejercicios ordinarios, sin previa convocatoria, será disuelto y desarmado.

Varios jefes de batallón de la guardia

nacional, entre los cuales se hallan los señores Flourens y Milliere, han sido destituidos.

La relación oficial de los sucesos del lunes deplora que el gobierno se haya visto obligado á distraer su acción contra el enemigo por acontecimientos interiores, añadiendo que esto no sucederá más.

El Sr. Etienne Arago, alcalde de París, los Sres. Busson y Floquet, sus adjuntos, y los veinte alcaldes de los distritos de París han presentado su dimisión.

En una reunión pública verificada ayer, los sucesos del lunes fueron unánimemente reprobados.

Los periódicos piden que el gobierno muestre más energía en el sostenimiento del orden.—Fabra.

HABANA 14.—Ministro de Ultramar.—El faro del puerto Baracoa se inaugurará el 16 de noviembre.—Caballero.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

DE LA ADMINISTRACION DE EL COMBATE.

Ciudad R. B.—Montilla.—Recibidos 6 rs. por id. id. id.

Ciudad S. O.—Horcajo de Santiago.—Recibidos 6 rs. por id. id. id.

Ciudad J. LL.—Albacete.—Recibidos 6 rs. por id. id. id.

Ciudad Gregorio Angón.—Recibidos 12 rs. Como habéis omitido en la carta el nombre del pueblo en que residís, tanto vos como el Ciudad. F. P., os estimaremos nos lo hagáis conocer para enviarnos los números.

Sociedad «La Fraternidad».—Cartagena.—Recibidos 18 rs. por suscripción que concluirá en 31 de Enero de 1871.

Ciudad F. E.—Binefar.—Recibidos 18 reales en sellos. Tiene V. pagada su suscripción hasta el 31 de enero de 1871.

Casino R. F.—Torre Don Jimeno.—Recibidos 34 rs. en sellos. Tiene ese círculo pagada su suscripción hasta el 30 de abril de 1871.

Ciudad G. R.—Torre Pero-Gil.—Recibidos 6 rs. en sellos y queda suscrito por un mes. Círculo democrático.—Atienza.—Recibidos 12 rs. en sellos y queda suscrito ese centro hasta fin de año.

Ciudad A. B. y M.—Javalquinto.—Recibidos 18 rs. en sellos y queda suscrito hasta el 31 de enero de 1871.

Ciudad M. L. M.—Montoro.—Recibidos 6 reales en sellos, teniendo por consecuencia pagado un mes de suscripción.

Ciudad F. B. R.—Alcira.—Idem, id., id., idem.

Ciudad F. M.—Bollullos del Condado.—Recibidos los 6 rs. en sellos. Queda suscrito por un mes y se agradece la carta.

Ciudad J. H.—Santa Fé de la Vega.—Recibidos 18 rs. en sellos. Tiene V. pagada su suscripción hasta el 31 de enero de 1871.

Ciudad J. de L.—Andújar.—Recibidos sellos por valor de 6 rs. por su suscripción hasta el 30 de noviembre.

Ciudad G. F. A.—Paredes de Nava.—Obran en nuestro poder los 18 rs. que nos ha remitido por su suscripción hasta el 31 de enero de 1871.

Ciudad S. E. de C. y S.—Coria.—Recibida letra de 12 rs. Tiene pagada la suscripción hasta fin de año.

## ESPECTÁCULOS.

TEATRO DE LA ÓPERA.—A las ocho y media.—Nabucco.

TEATRO ESPAÑOL.—A las ocho y media.—Alza y baja.—Guerra á la guerra.—Baile.—Luna llena.—El procurador de todos.—Baile.

TEATRO DE LA ZARZUELA.—A las ocho y media.—El hábito no hace al monje.—Zilda.

BUFOS ARDERIUS.—A las ocho y media.—Genoveva de Brabante.

TEATRO DE LOPE DE RUEDA.—A las ocho y media.—Don Juan Tenorio.

TEATRO DE MADRID.—A las ocho.—Mal de nervios.—El tío tiene diez sobrinos.

TEATRO DE NOVEDADES.—A las siete y media.—Un manojo de cigarrillos.—Baile.—A las ocho y tres cuartos.—El tío Pablo ó la educación.—Baile.—A las diez.—Segundo acto de la misma.—Baile.—A las once y cuarto.—Lo que abunda.—Baile.

TEATRO-CAFÉ DEL RECREO.—A las ocho.—La mujer democrata.—Baile.—A las nueve.—El beso.—Baile.—A las diez.—Albur y gallo.—A las once.—Por no tener pantalones.—Baile.

TEATRO DE ALARCON (Capellanes).—A las ocho.—De potencia á potencia.—Baile.—A las nueve.—El compositor y la extranjera.—Baile.—A las diez.—Marinos en tierra.—Baile.—A las once.—De la cocina al estrado.—Baile.

TEATRO DE CALDERON.—A las ocho.—Una langosta social.—A las nueve.—Las hijas de Elena.—A las diez.—Un ente singular.—A las once.—Mi gallega de Betanzos.

MADRID.—1870.

Imprenta de M. Tello, Isabel la Católica, 23.